

HERMES, EL DIOS QUE ENVEJECE. UN EJEMPLO: LA ILÍADA*

Óscar MARTÍNEZ GARCÍA
Universidad Complutense

Cualquiera de las múltiples funciones y atributos del dios Hermes podría configurar todo un juego de metáforas aplicables al ejercicio de la traducción. Como protector de los viajeros, como dios de la fecundidad que multiplica los rebaños, como el astuto, ambiguo y versátil (*polýtropos*) dios que tan bien inspira a los oradores en la asamblea y que tan convenientemente dicta las palabras que le permitirán a la joven desposada acercarse a su esposo (*epithalamíthēs*; función también espacial que consiste en que la novia pueda atravesar la distancia entre la casa paterna y la del marido). Hermes es el guardián de las puertas de las casas (*propylaios*) y dios de sus goznes (*strophaios*), pues es fundamentalmente un dios que asegura el tránsito de un lugar a otro (*diáktoros*). Como trazador de caminos no puede dejar de ser el dios de los viajeros y los comerciantes, ni por esto último dejar de ser el de los ladrones. En efecto, su ambigüedad le permite ser el patrón de enemigos naturales; y es que todo él está rodeado de incertidumbre: *hérmaion* es como llaman los griegos al hallazgo inesperado y al golpe de fortuna, algo fortuito que en ocasiones no se sabe si es del todo bueno. Es el viajero impenitente que se pertrecha con una serie de atributos que le permiten ejercer su función de heraldo y dominar la comunicación y la palabra (*hermēneús* se llama al intérprete, al que tasa, al que estima el *pretium* de los objetos, ya que no en vano es el dios de todo lo que se pone en circulación, ya sean bienes, ya palabras). Pero también es el dios que miente y perjura ante Zeus e introduce las palabras falaces en el pecho de Pandora. Y si su labor es fundamental para el que quiera entender vocablos extranjeros, no menor es su capacidad para mantenerlos inescrutables y opacos, herméticos, en definitiva.

Pero la circunstancia que queremos destacar es la siguiente: se trata del único dios que envejece. Primero el dios que apenas nacido se escapa de la cuna y asombra con sus habilidades a su hermano Apolo; el Hermes del grupo coroplástico de Veyes. Luego el joven que toma las riendas del carro con el que Príamo, el viejo rey de Troya, franqueará las puertas del campamento enemigo y que propiciará la escena en la que según algún estudioso queda establecida buena parte de la historia de la afectividad en Occidente¹. Finalmente, el barbudo señor de la magia de la época del paganismo helenístico tardío, el insondable Hermes trimegisto. Y ésta es la circunstancia, creo yo, que más acerca al dios si no al arte de la traducción, sí al destino funesto de su fruto, y por ello la tomo como pretexto para dejar aquí unos cuantos apuntes acerca de la fortuna de las diversas versiones de la *Iliada* en castellano. No se pretende, por tanto, un repaso exhaustivo de todas y cada una de ellas (que por desgracia no son tantas)²; tan sólo aspiramos a rastrear la huella del tiempo en

* Este trabajo integra un proyecto de investigación que lleva por nombre *Las traducciones de Homero al castellano (s. XIX y XX) y las nuevas teorías traductológicas*, proyecto que se lleva a cabo gracias al Programa de Formación de Personal Investigador de la Universidad Complutense.

1 Cf. *Iliada* XXIV 317 ss. El estudioso es George Steiner.

algunas de ellas, o siquiera, a ofrecer noción de la existencia de algunas a las que Hermes, en su condición de conductor de almas (*psychopompós*), se ha encargado de guiar hasta el olvido.

JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA dejó dicho que

la vida del original se renueva en la traducción (...) el original es eternamente joven en tanto que eternamente retoñe. Su palabra madura en la palabra de la traducción, entre todos los dolores y los gozos del parto, y así desde que quiebra su alba hasta el fin del mundo. La traducción, en cambio, envejece y se corrompe, traspone siempre y se esfuma con el tiempo. Se enrancia y se nos aja. Condicionada por la época, por el día, por la hora, la traducción ayer óptima, nos parece hoy aviejada, archiavariada. Son obras de ocasión o de momento. De ahí la necesidad de volver a traducir, periódicamente, los originales valiosos³.

Por eso apenas queda rastro de la traducción de la *Iliada* que tiene el honor de ser la primera completa en castellano que conocemos⁴, la de **Juan de Lebrija Cano** (ya contábamos con una traducción parcial de ca. 1446-1452 a cargo de un traductor anónimo que se basó en la versión latina de **Pier Candido Decembrio**)⁵. Esta traducción en endecasílabos castellanos no del todo pulidos deja ver un dominio más que aceptable del texto griego (aunque parece haber seguido una versión latina en determinados pasajes) y la impresión de los estudiosos que la han examinado con más detalle es satisfactoria⁶. Veamos sus veintinueve primeros versos, que se corresponden con los diecinueve primeros del original:

Canta divina Musa la ira grave
de Achilles a Pelida que a los griegos
dió dolores inmensos i al Infierno
muchas i fuertes ánimas de héroes
que echó a los perros i aves en pedazos.
Fué el decreto de Júpiter cumplido
desde el principio que divisos fueron
el Rey Atrida i el divino Achiles.
Qual de los Dioses pues metió en contienda
a estos dos? El hijo de Latona
y de Júpiter que indignado aqueste
del Rey en el ejército ha movido
enfermedad tan mala y pestilente
que los pueblos de aqueste perecían,
porque el Atrida a Chrises sacerdote

- 2 Para un estudio de las traducciones de Homero en España se puede ver la introducción de D. Luis Segalá y Estalella a la traducción de las *Obras completas de Homero*, Barcelona, 1927, pp. XLII-LXIX. Asimismo, cf. *Homero en España* de Julio Pallí Bonet, Barcelona, 1953 y “Versiones castellanas de la *Iliada*” de Daniel Ruiz Bueno, *Helmántica*, 1955, 19, pp. 81-110, reproducido también dentro de la introducción a su propia traducción: *La Iliada*, Madrid, 1956, vol. I, pp. 124-146 (José Francisco Ruiz Casanova recoge las noticias de los anteriores autores en lo que se refiere a los traductores de la *Iliada* en el siglo XVIII y XIX en *Aproximación a una historia de la traducción en España*, Madrid, 2000, p. 359 y pp. 432-6). El problema es que obviamente no contemplan la producción posterior a la fecha de sus estudios, si bien, de alguna manera, aquí vamos a dejar consignadas las traducciones que han seguido a las que dichos estudiosos reseñaron en su momento.
- 3 Cf. “La traducción de las lenguas clásicas como problema”, en *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos* I, Madrid, 1968, pp. 89-140; recogido también en *Experiencia de los clásicos*, Madrid, 1971, pp. 83-136, concretamente p. 128-9.
- 4 Inédita en la Biblioteca de Palacio. Sin fecha.
- 5 Conservada en el MS Add. 21245 de la British Library, nos la encontramos perfectamente estudiada y editada en *La traducción en Italia y España durante el Siglo XV; la “Iliada en romance” y su contexto cultural*, Salamanca, 1997, de Guillermo Serés.
- 6 Cf. nota 2.

deshonró quando vino a los navíos
de los Griegos a rescatar su hija,
llevando muchos i copiosos dones,
en sus manos teniendo la corona
de Apollo flechador de largo trecho
con el ceptro de oro y juntamente
a todos los Achivos supplicava
principalmente a los Atridas que eran
dos Príncipes Illustres de los pueblos:
A vos o Atridas i demás Achivos
bien guarnecidos de armas den los Dioses
que habitan en las casas celestiales
que a la ciudad de Príamo deis saco
y que volváis a casa en salvamento.

Μῆνιν ἀειδε, θεά, Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος
οὐλομένην, ἣ μυρί' Ἀχαιοῖς ἄλγε' ἔθηκε,
πολλὰς δ' ἰφθίμους ψυχὰς Ἀϊδὶ προΐαψεν
ἠρώων, αὐτοὺς δὲ ἐλώρια τεύχε κύνεσσιν
οἰωνοῖσὶ τε πάσι, Διὸς δ' ἐτελείετο βουλή,
ἔξ οὗ δὴ τὰ πρῶτα διαστήτην ἐρίσαντε
Ἀτρεΐδης τε ἀναξ ἀνδρῶν καὶ δῖος Ἀχιλλεύς.
Τίς τ' ἄρ σφωε θεῶν ἕριδι ξυνέηκε μάχεσθαι;
Λητοῦς καὶ Διὸς υἱός· ὁ γὰρ βασιλῆϊ χολωθεὶς
νοῦσον ἀνὰ στρατὸν ὥρσε κακῆν, βλέκοντο δὲ λαοί,
οὐνεκα τὸν Χρῦσῆν ἠτίμασεν ἀρητῆρα
Ἀτρεΐδης· ὁ γὰρ ἦλθε θοᾶς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν
λυσόμενός τε θύγατρα φέρων τ' ἀπερείσι' ἄποινα,
στέμματ' ἔχων ἐν χερσὶν ἔκηβόλου Ἀπόλλωνος
χρυσῆω ἀνὰ σκήπτρῳ, καὶ λίσσετο πάντας Ἀχαιοῦς,
Ἀτρεΐδα δὲ μάλιστα δῶω, κοσμήτορε λαῶν·
Ἀτρεΐδαι τε καὶ ἄλλοι εὐκνήμιδες Ἀχαιοί,
ὑμῖν μὲν θεοὶ δοῖεν Ὀλύμπια δώματ' ἔχοντες
ἐκπέρσαι Πριάμοιο πόλιν, εὐ δ' οἴκαδ' ἰκέσθαι·

(II. I 1-19)⁷

Nada que reprochar en estos primeros versos, si acaso la especificación de ‘divina Musa’ donde sólo dice ‘diosa’, que por lo menos no se convierte en la ‘heliconia diosa’ de **Luis Carlos Viada y Lluch**⁸. O la errónea interpretación de ‘la corona de Apolo... con el ceptro de oro’ en lugar de ‘las ínfulas’ sobre el cetro de oro. Pero lo que antes salta a la vista del lector de hoy es el empleo de los nombres latinos de los dioses que, por otra parte, no nos debe extrañar si, como hemos indicado, tenía no muy lejos una traducción latina. El empleo de esos nombres en lugar de los griegos, en ésta y otras traducciones, ha llegado desde entonces hasta ediciones y reediciones de los

7 Texto griego de la edición de D.B. Monro-T.W. Allen, *Homeri opera, I-II Iliadis*, Oxford, 3ª ed., 1920.

8 Barcelonés, miembro de la Real Academia de Buenas Letras, que tradujo en versos libres (con dos hemistiquios de siete y diez sílabas respectivamente) varios fragmentos de la *Iliada*, basándose en la versión en prosa de Luis Segalá y Estalella.

años sesenta del siglo XX⁹. En efecto, este hecho parece apoyarse en la suerte de inercia traductora que suponía el haber partido primero de las traducciones latinas de los humanistas italianos (o en su defecto, de haber puesto los ojos en las recreaciones francesas de la guerra de Troya que se remontaban a aquéllos, como el *Roman de Troie* y que penetraron, por ejemplo en nuestro *Libro de Alexandre*) y de las versiones francesas después, donde dicha inercia estaba todavía más arraigada. Sólo cuando **Leconte de Lisle** con su *L'Iliade*, de 1866, decide poner fin a ese hecho, empezamos a ver en España los correspondientes griegos¹⁰. Es ésta la arruga más visible de una vieja traducción, tan marcada como las de la ortografía, el léxico e incluso la gramática que podemos contemplar en apenas una treintena de versos. Hoy día es impensable que nadie inicie su traducción con los nombres de 'Júpiter', 'Plutón' y 'Latona' en primera fila, porque la lectura quedaría perturbada de entonces en adelante. Pero hubo un tiempo en que esas traducciones con nombres de dioses latinos fueron vigorosas; la abuela de Proust, por poner un ejemplo muy ilustrativo, recelaba de una *Odisea* (la de Leconte de Lisle concretamente) cuyo héroe no se llamara Ulises ni su diosa protectora Minerva¹¹. **Luis Segalá** supo ver que el mantenimiento de los nombres latinos de los dioses en sus traducciones de la *Iliada* y de la *Odisea*, de 1908 y 1910 respectivamente, constituiría un claro óbice para la fortuna de su versión y por ello los sustituyó por los griegos en su nueva edición de 1927. Quién sabe si, de no haber hecho ese oportuno cambio, sus versiones habrían seguido teniendo la pujanza que aún tienen. Pero acerca de esta traducción, hablaremos más adelante.

Nada queda, tampoco, de la primera traducción completa que se imprimió en España, la denostada de **Ignacio García Malo**, de 1788, en endecasílabos libres salvo los dos últimos de cada estrofa. De ella **Marcelino Menéndez y Pelayo** decía lo siguiente: "Como obra poética, el Homero de García Malo (estimable a veces por la fidelidad) es infelicitísimo, arrastrado y prosaico. Apenas puede soportarse su lectura. Pruébelo el lector y se convencerá por sí mismo. El intérprete llevaba en su nombre la sentencia" (o *nomen omen*, como he podido leer en alguna moderna introducción a la enésima reedición de la de Segalá al referirse a la de García Malo). **Daniel Ruiz Bueno** le llega incluso a privar de la alabanza que D. Marcelino tributó a su fidelidad al texto griego: "El lector helenista, si tiene humor para ello, puede hacer la comparación con el original"¹². El propio García Malo reconoce en su prólogo que en más de una ocasión tiene que variar la expresión del texto para acomodarla a la rima. Es en ese dístico pareado de final de estrofa donde mayormente se esfuma la

9 Cf. la traducción de J. B. Bergua de 1939, que mantiene los nombres latinos de los dioses en su reedición de 1965, así como la Vicente López Soto, de 1969. Las alegaciones de que los nombres latinos resultaban más comunes que los griegos cuando se habla de mitología se me antojan obsoletas ya para esos años.

10 A propósito de esta pequeña cuestión, presentamos una comunicación titulada "La transfiguración de los nombres de dioses y héroes a través de las traducciones de Homero al castellano" dentro del *X Congreso Español de Estudios Clásicos* (21-24 de Septiembre de 1999), cuyas actas están en prensa.

11 Cf. *En busca del tiempo perdido*, Vol. IV, esto es, *Sodoma y Gomorra*. André Lefevere y Susan Bassnett, de cuya "Introduction: Proust's Grandmother and the Thousand and One Nights: The 'Cultural Turn' in Translation Studies" en *Translation, History and Culture*, André Lefevere y Susan Bassnett (ed.), London-N.Y., 1990, recibimos la noticia, cifran el sentimiento de la abuela de Proust en los siguientes términos: "Yet Proust's grandmother clearly distinguishes between what are, to her, 'good' and 'bad' translations. It should be noted, however, that 'good' and 'bad' have, for her, no bearing whatsoever on the actual 'quality' of the translations, since that is precisely a feature of translation she is utterly unable to judge. Rather, Proust's grandmother likes the translations she has grown up with. 'The' *Odyssey* for her is a translation in which the hero is still called by his Latinized name: Ulysses, and in which the goddess Athena is likewise still called Minerva. Other *Odysseys* or rather, other texts deemed to represent Homer's *Odyssey*, simply will not do, they are impostors as are translations of *The Thousand and One Nights* that change the very names of the protagonists. Proust's grandmother, therefore, does not really like or dislike a translation; rather, she trusts or distrusts a translator. The translator whose work she is familiar with is, to her, a 'faithful' translator".

12 Cf. Daniel Ruiz Bueno, *op. cit.*, p. 83.

fidelidad. En efecto nada hay más nocivo para una traducción de la *Iliada* que la recreación de una rima que no existe en el original, ya que no sólo garantiza prácticamente alguna clase de violencia léxica por unidad de verso, sino que además, tomando la obra en su conjunto, empareja versos que en el original son claramente independientes el uno del otro, cambiándose así el movimiento del poema¹³. Asimismo, humildemente reconoce haber ofrecido una versión “lánguida y fría en comparación con el original”. Tanto **Julio Pallí** como Daniel Ruiz Bueno coinciden a la hora de escoger un ejemplo que ponga de manifiesto la incapacidad de García Malo “para infundir algún aliento poético a pasajes impresionantes del original”; se trata del momento en el que Aquiles recibe la noticia de la muerte de Patroclo:

‘¡Ay hijo belicoso de Peléo!
 ¡Qué nueva vengo a darte tan funesta!
 ¡Ojalá que anunciarla no debiese!
 Patroclo ya no existe: ahora combaten
 por llevar su cadáver unos y otros,
 pues yace de sus armas despojado
 con las que Héctor terrible está adornado’.
 Dixo así; y de dolor oscura nube
 de Aquiles el espíritu rodea.
 Toma con sus dos manos la ceniza
 todavía abrasando, la derrama
 encima su cabeza, y desfigura
 las graciosas facciones de su rostro,
 y la negra ceniza hace un ultraje
 a su divina túnica. Al momento
 se tiende en tierra cuanto largo era,
 ocupando extendido un grande espacio,
 y las manos poniendo en sus cabellos
 los divide y arranca fieramente.

ὦ μοι Πηλέος υἱὲ δαΐφρονος ἢ μάλα λυγρῆς
 πεύσεαι ἀγγελίης, ἢ μὴ ὄφελλε γενέσθαι.
 κεῖται Πάτροκλος, νέκυος δὲ δὴ ἀμφιμάχονται
 γυμνοῦ· ἀτὰρ τὰ γε τεύχε’ ἔχει κορυθαίολος Ἔκτωρ.
 Ὡς φάτο, τὸν δ’ ἄχεος νεφέλη ἐκάλυψε μέλαινα·
 ἀμφοτέρησι δὲ χερσὶν ἐλῶν κόμην αἰθαλόεσσαν
 χεύατο κάκ κεφαλῆς, χαρίεν δ’ ἦσχυνε πρόσωπον·
 νεκταρέω δὲ χιτῶνι μέλαιν’ ἀμφίζανε τέφρη.
 αὐτὸς δ’ ἐν κοίτῃσι μέγας μεγαλωστί τανυσθεὶς
 κεῖτο, φίλησι δὲ χερσὶ κόμην ἦσχυνε δαΐζων.

(II.XVIII 18-27)

Sea como sea, esta *Iliada* tuvo el privilegio de una segunda edición en 1827, y quizá hubiera tenido más si cuatro años más tarde, en 1831, no hubiera venido a sustituirla la de **José Mamerto Gómez de Hermosilla** (¿también *nomen omen*?), puntilloso preceptista, cuya versión, sin embargo,

13 Cf. Matthew Arnold, “On Translating Homer”, en *Essays Literary and Critical*, Londres, 1861. Recogido como “Sobre las traducciones de Homero” en *Teorías de la traducción. Antología de textos*, de Dámaso López García (ed.), Cuenca, 1996, pp. 203-79, concretamente p. 212.

mereció el favorable juicio de D. Marcelino y una alta alabanza por parte de **Juan Valera** para quien la de Hermosilla “supera a la traducción inglesa de Pope y a todas las francesas, y sólo cede a la alemana de Voss y a la italiana de Monti”¹⁴. De esta versión podemos decir que a pesar de que se hicieron nuevas ediciones en los años 1862, 1877, 1879, 1888, 1899, 1905, 1906, 1908 y 1913, no debió de contar, en un principio, con el favor del común si tenemos en cuenta estas palabras de D. Marcelino: “creo y he sostenido siempre, contra la opinión vulgar, que la traducción de Hermosilla tiene cosas apreciables y que en general es fiel y exacta”, o mejor, “es común opinión entre nosotros que la traducción de Hermosilla es mala, aunque nadie se ha tomado la molestia de probarlo”¹⁵. A este testimonio sumemos el que Juan Valera nos ofrece al exponer las causas del rechazo a los clásicos: “Otros hay que se lo explican todo dejando a salvo al autor y echando la culpa al traductor desgraciado. Busca, por ejemplo, una persona elegante y de mundo, que oye decir que la *Iliada* es un trabajo prodigioso, una traducción castellana de la *Iliada*: le dan la de Hermosilla; empieza a leerla, se harta a las seis o siete páginas, y acude, para desenojarse, a una novela de Daudet o de Belot, que le parece mil veces más agradable”. Daniel Ruiz Bueno se alinea con la opinión vulgar: “Para quien conozca directamente a Homero, la traducción del preceptista decimonónico es insoportable; para quien no la conozca, apenas si logrará por ella barruntar nada de su poesía (...) Lo mejor que, a mi ver, tiene el Homero hermosillesco es lo castizo de su lenguaje, como de quien se nutriera en la lectura de nuestros mejores clásicos”¹⁶.

Ofrezcamos, en fin, un pasaje de la de Hermosilla:

Hay dos grandes toneles a la entrada
del palacio de Júpiter, y dentro
de ellos están los dones que su mano
alternativamente distribuye:
uno es de males, y de bienes otro.
Aquel mortal a quien mezclados diere
males y bienes Jove, en desventuras
a veces cae; pero muchas otras
vive en prosperidad. El infelice
a quien sólo desgracias haya dado,
objeto de la burla y el ludibrio
es para siempre; y a do quier que vaya
la desdicha le sigue y por la tierra
errante vaga, de los altos dioses
aborrecido y de los hombres todos.

14 La de Pope sigue siendo editada como la joya de las traducciones inglesas. Hoy se anuncia en las librerías no como *The Iliad of Homer*, sino como *Pope's Iliad*. Esta obra se ha integrado de forma orgánica en la literatura inglesa y constituye “después del de Milton, el eminente poema épico inglés” según palabras de G. Steiner (cf. *Presencias reales*, trad. esp. Barcelona, 1998, p. 28). Quizá a Valera le llegaban los ecos del “es un poema muy bonito, pero no debe atribuirse a Homero” de Bentley, o del “Pope ha fracasado al traducirlo” de Matthew Arnold.

15 Cf. “Hermosilla y su *Iliada*”; nota de Menéndez Pelayo, recogida al menos en el tercer volumen de la edición de 1905 de la traducción de Hermosilla, que es la que manejo. En dicha nota también se repasan otras traducciones.

16 Cf. Daniel Ruiz Bueno, *op. cit.*, p. 85.

δοιοὶ γάρ τε πίθοι κατακείονται ἐν Διὸς οὐδῆι
 δῶρων οἷα δίδωσι κακῶν, ἕτερος δὲ ἑάων·
 ᾧ μὲν κ' ἀμμίξας δῶη Ζεὺς τερπικέραυνος,
 ἄλλοτε μὲν τε κακῶ ὅ γε κύρεται, ἄλλοτε δ' ἔσθλῶ·
 ᾧ δὲ κε τῶν λυγρῶν δῶη, λωβητὸν ἔθηκε,
 καὶ ἔ κακῆ βούβρωστις ἐπὶ χθόνα δῖαν ἐλαύνει,
 φοιτᾷ δ' οὔτε θεοῖσι τετιμένος οὔτε βροτοῖσιν.

(Il.XXIV 527-533)

Unos versos más arriba nos había aparecido el preceptista, proponiendo una *variatio* donde sólo hay repetición: “y sus albos cabellos y su barba/ encanecida respetando dijo...” por “compadeciendo su cana cabeza y su cano mentón”; o empleando un “ah, monarca infeliz, que tantos males” donde sólo aparece ‘infeliz’ para rellenar el metro (nada más antihomérico, ya que en él ni la mínima partícula da la sensación de ser ociosa). ¿Porqué ‘triste’ en lugar de ‘frío’ en “ninguna utilidad del triste llanto/ el hombre saca...”? ‘Te duele’, ‘te acuerda’, ‘me concede’, donde nosotros decimos ‘duelete’, ‘acuérdate’, ‘concédeme’. En ocasiones parece que su propósito no sea otro que el de mutilar a Homero; ya avisaba en el prólogo: “está hecha con la más escrupulosa fidelidad, sin haberme tomado otra licencia que la de suprimir los epítetos de pura fórmula o notoriamente ociosos, y añadir algunos que me han parecido necesarios. En lo demás no he omitido un solo pensamiento del autor ni le he prestado ninguno mío, y he dejado los suyos en el mismo orden en que se hallan colocados: he conservado igual número de cláusulas cuando alguna de ellas no resultaba demasiado larga; no he variado las formas oratorias, sino tres o cuatro veces en que la interrogación o exclamación era más enérgica que la simple afirmación; y hasta en la construcción gramatical de las frases he seguido la sintaxis griega, siempre que lo ha permitido el genio de la lengua castellana. Y que así sea, lo reconocerá el que se tome la molestia de comparar mi traducción con el texto”¹⁷. Pues bien, ésta es la *Iliada* que dominó la pasada centuria y la primera década de ésta, hasta que apareció la de Segalá y dejó de editarse¹⁸.

La de Segalá es más moderna y muchísimo más exacta desde el punto de vista filológico. Data de 1908, pero fue mejorada en una nueva edición en 1927. Es la primera en prosa, y de ella se podría decir que es la *Iliada* española por antonomasia. De sobra son conocidas las alabanzas que por carta dirigió D. Marcelino al gran traductor: “el más digno tributo que la ciencia de nuestros helenistas ha pagado a la primera epopeya del mundo”. Su prosa rica y sobria la hace mantenerse todavía joven. Sólo ciertos giros verbales ya en desuso y ciertos destellos modernistas sobre esa prosa a veces árida (‘blonda cabellera’, ‘el celerípede divino Aquileo’, ‘veleras naves’, ‘líquidos caminos’,...) delatan su edad. Desde mi punto de vista, sólo la de **José Manuel Pabón** podría

17 Al efecto resulta esclarecedor el estudio de Pilar Hualde Pascual que lleva por título “Valoración de las traducciones de Homero en los siglos XIX y XX en España e Iberoamérica: de Hermosilla a Leconte de Lisle” pp. 369-377, en M^a Consuelo Álvarez Morán- Rosa M^a Iglesias Montiel (eds.) *Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos. La tradición greco-latina ante el siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de Diciembre de 1998)*, Murcia, 1999. Allí leemos, a propósito de la incongruencia que supone clamar por una traducción fiel en la teoría pero desmintiendo tales presupuestos en la práctica, que lo que Hermosilla denomina “traducción fiel” “no es otra cosa que ‘traducción directa’ de la lengua griega, frente a las versiones traducidas de otras lenguas, especialmente del francés”, p. 370.

18 No obstante, la *Antología de la literatura griega (ss.VIII a.C.-IV d.C.)*, de A. Guzmán Guerra y C. García Gual (eds.), Madrid, 1995, escoge la versión de Hermosilla para ilustrar el “encuentro entre Príamo y Aquiles” (Il.XXIV 477-570), pp. 69-73.

haberla hecho sombra, en exactitud y riqueza de matices, si no se hubiese limitado a unos pocos fragmentos¹⁹. Quisiera enfrentar sendas traducciones, y para ello escojo parte del memorable pasaje de la despedida de Andrómaca y Héctor (*Il. VI 390-496*). Primero Segalá:

Hija suya era, pues, la esposa de Héctor, de bronceínea armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta llevando en brazos al tierno infante, al Hectórída amado, parecido a una hermosa estrella, a quien su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se salvaba Ilión. Vio el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano le dijo: ‘¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares; que ya no tengo padre ni venerable madre’.

τοῦ περ δὴ θυγάτηρ ἔχεθ' Ἐκτορι χαλκοκορυστῆ.
 ἢ οἱ ἔπειτ' ἦντησ', ἅμα δ' ἀμφίπολος κίεν αὐτῆ
 παῖδ' ἐπὶ κόλπῳ ἔχουσ' ἀταλάφρονα, νήπιον αὐτως,
 Ἐκτορίδην ἀγαπητόν, ἀλίγκιον ἀστέρι καλῶ,
 τόν ῥ' Ἐκτωρ καλέεσκε Σκαμάνδριον, αὐτὰρ οἱ ἄλλοι
 Ἀστιάνακτ'· οἴος γὰρ ἐρύετο Ἴλιον Ἐκτωρ.
 ἦτοι ὁ μὲν μείδησεν ἰδὼν ἐς παῖδα σιωπῆ·
 Ἀνδρομάχῃ δέ οἱ ἀγχι παρίστατο δάκρυ χέουσα,
 ἐν τ' ἄρα οἱ φῦ χειρὶ ἔπος τ' ἔφατ' ἔκ τ' ὀνόμαζε·
 δαιμόνιε, φθίσει σε τὸ σὸν μένος, οὐδ' ἐλεαίρεις
 παῖδά τε νηπίαχον καὶ ἔμ' ἀμμορον, ἢ τάχα χήρη
 σεῦ ἔσομαι· τάχα γὰρ σε κατακτανέουσιν Ἀχαιοὶ
 πάντες ἐφορμηθέντες· ἐμοὶ δέ κε κέρδιον εἶη
 σεῦ ἀφαμαρτούση χθόνα δύμεναι· οὐ γὰρ ἔτ' ἄλλη
 ἔσται θαλπωρή, ἐπεὶ ἂν σύ γε πότμον ἐπίσπης,
 ἀλλ' ἄχε'· οὐδέ μοι ἔστι πατήρ καὶ πότνια μήτηρ.

(*Il. VI 398-413*)

Ahora Pabón:

A su hija tenía por esposa Héctor, el del casco de bronce. Salióle ella al paso: venía a su lado una doncella que llevaba en su regazo al tierno niño, infante todavía, al dulce Hectórída, semejante a un hermoso lucero. Héctor solía llamarle Escamandrio; los demás Astianacte, porque sólo Héctor guardaba la ciudad. Sonrió él mirando al niño en silencio; Andrómaca estaba a su lado derramando lágrimas, cogióse a su brazo y habló diciéndole así: ‘¡Desdichado!, tu propio coraje te ha de perder. No tienes compasión de tu hijo, ternuzuelo, ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; no tardarán en darte muerte los aqueos cayendo en masa sobre ti; y a mí, para hallarme sin tu compañía, más me valdría estar bajo tierra, que no habrá alegría cuando tú cumplas tu destino: sólo dolores. Faltóme el padre y la madre, su esposa (...)’

Entre una y otra tenemos cinco, de las cuales al menos tres, y por utilizar el mismo eufemismo con que se anuncia una de ellas, han sido cotejadas con las más modernas traducciones europeas. Son las de **Germán Gómez de la Mata** (1915)²⁰, **Manuel Vallvé** (1919) y **Monserrat Casamada**

19 Cf. José Manuel Pabón, *Homero*, Barcelona, 1947.

(1944)²¹. Por su parte, la de **J.B.Bergua**, absolutamente prosificada y aligerada de todo lo que en el original es idiosincrásico –fórmulas y epítetos– (Homero mutilado), parece seguir puntualmente en algunos pasajes a Segalá. En realidad, la sensación que deja es la de que Bergua arregla o acomoda la de Segalá a sus propios criterios para convertir la obra en una novela. El traductor (acaso del francés, acaso adaptador) no debe de ser helenista, si no no hablaría, por dos veces, de ‘los dos hijos del Atrida’, sino de ‘los dos Atridas’ en los veinte primeros versos. Su traducción fue bien acogida, sus reimpresiones muchas, y, un detalle más de su éxito, fue base de alguna traducción posterior: por azar encuentro que

¡Ay, desdichada de mí! ¡muerto yace el mejor de mis amigos, el único consuelo que tenía en medio de mis desventuras! Vivo te dejé al partir de la tienda y difunto te encuentro al volver, oh príncipe valeroso (...) tú me prometías para consolarme, hacer que Aquiles se desposase conmigo en la fértil Ptía; allí, decías en medio de su pueblo, celebraremos vuestro himeneo con la magnificencia y pompa que a un héroe corresponde. Pero has muerto, y ya toda mi vida tendré que llorarte, oh varón generoso y afable.

Πάτροκλή μοι δειλῆ πλειῖστον κεχαρισμένε θυμῷ
ζῶν μὲν σε ἔλειπον ἐγὼ κλισίῃθεν ἴουσα,
νῦν δέ σε τεθνηῶτα κιχάνομαι ὄρχαμε λαῶν
ἄψ ἀνιούς· ὥς μοι δέχεται κακὸν ἐκ κακοῦ αἰεῖ.
(...)
οὐδὲ μὲν οὐδέ μ' ἔασκες, ὅτ' ἄνδρ' ἔμὸν ὠκὺς Ἀχιλλεὺς
ἔκτεινεν, πέρσεν δὲ πόλιν θεῖοιο Μύνητος,
κλαίειν, ἀλλὰ μ' ἔφασκες Ἀχιλλῆος θεῖοιο
κουριδίην ἄλοχον θήσειν, ἄξειν τ' ἐνὶ νηυσὶν
ἐς Φθίην, δαίσειν δὲ γάμον μετὰ Μυρμιδόνεσσι.
τῷ σ' ἄμοτον κλαίω τεθνηῶτα μείλιχον αἰεῖ.

(II.XIX 287-290, 295-300)

es servilmente reproducido en la traducción de **Emiliano Aguado**, que dice así:

¡Ay, desdichada de mí! ¡muerto yace el más noble de mis amigos, el único consuelo que yo tenía en medio de mis desventuras! Vivo te dejé al marcharme de la tienda y difunto te encuentro al regresar ahora a ella, ¡oh príncipe valeroso! (...) tú me consolabas diciéndome hacer que Aquiles se casaría conmigo en la fecunda Ptía; ‘allí -me asegurabas- en medio de su pueblo, celebraremos vuestro himeneo con la algazara y la pompa que corresponde a un héroe’. Pero has muerto, y ya toda mi vida tendré que llorarte, oh varón generoso y entrañable.

Es difícil coincidir tanto a la hora de inventar lo que Homero no dice.

Precisamente también es Aguado (**José María Aguado**) el apellido del quinto traductor del que nos tocaba hablar. Si hasta ahora hemos visto traducciones envejecidas y otras que se resisten a envejecer, tenemos en la de Aguado, de 1935, una que nace con voluntad de vieja:

20 Versión española de la traducida por Leconte de Lisle. Famosa por la horrisona transcripción de los nombres de los personajes: Here, Edes, acaienos, argienos, danaenos,... Popular en su tiempo, aún la encuentro reeditada (cf. *Edimat Libros*, Madrid, 1999), sin mención del traductor y con las transcripciones corregidas (salvo, ya en la segunda línea, el delator ‘Edes’, i.e. ‘Hades’).

21 Aunque anuncia que ha tenido presente la traducción de P. Mazon (París, 1937), silencia lo muy cerca que ha tenido la de Segalá. Hay ahora una nueva edición, *La Ilíada*, Editorial Iberia, Barcelona, 2000.

Cobarde me llamarían, con razón, cobarde y vil
 si tus acciones sufriera y acatara tu decir.
 Manda a los demás si quieres, pero no mandes a mí;
 que renuncio tus banderas desde hoy ya más a seguir.
 Quiero decirte una cosa que te cumple bien oír:
 que no pienso por la esclava contra nadie combatir,
 pues tras habérmela dado quitármela consentís.
 Mas de las riquezas otras de mi veloz bergantín
 no llevarás, mal mi grado, valor de un maravedí.
 Haz si no la prueba, y todos verán entonces teñir
 con tu sangre roja y cálida de mi lanzón el astil.

ἦ γάρ κεν δειλός τε καὶ οὐτιδανός καλεοίμην,
 εἰ δὴ σοὶ πᾶν ἔργον ὑπέξομαι ὅτι κεν εἵπης·
 ἄλλοισιν δὴ ταῦτ' ἐπιτέλλω, μὴ γὰρ ἔμοιγε
 σήμαιν'· οὐ γὰρ ἔγωγ' ἔτι σοὶ πείσεσθαι οἶω.
 ἄλλο δέ τοι ἔρῃω, σὺ δ' ἐνὶ φρεσὶ βάλλω σῆσι·
 χερσὶ μὲν οὐ τοι ἔγωγε μαχήσομαι εἵνεκα κούρης
 οὔτε σοὶ οὔτε τῷ ἄλλῳ, ἐπεὶ μὴ ἀφέλεσθέ γε δόντες·
 τῶν δ' ἄλλων ἅ μοι ἔστι θεοῖ παρὰ νῆϊ μελαίνῃ,
 τῶν οὐκ ἂν τι φέροις ἀνελῶν ἀέκοντος ἐμεῖο·
 εἰ δ' ἄγε μὴν πείρησαι, ἵνα γνῶωσι καὶ οἶδε·
 αἰψά τοι αἶμα κελαϊνὸν ἐρωήσει περὶ δουρί.

(II.I 293-303)

El resultado anda más cerca del *Cantar de Mio Cid*, que de la *Iliada*. Y si, como algunos sostienen, el éxito de la traducción depende de si se ha llevado a cabo o no el programa que el traductor se había propuesto, esta traducción ha triunfado, toda vez que la intención del traductor era verter Homero a “orondo romance”. A este efecto se rescata no sólo el metro sino también fórmulas cuales “cuer de fuego”, “en guerras saje”, “ardida lanza”,... Pero si por algo es memorable esta traducción, es por la castellanización de los patronímicos de los héroes²²:

El Peliaz para las filas de sus naos y tiendas fue
 con Menétiez y sus otros compañeros en tropel.
 A la mar brotó el Atrédez bien embreado bajel;
 eligió veinte remeros y puso la ofrenda en él,...

Πηλεΐδης μὲν ἐπὶ κλισίας καὶ νῆας εἶσας
 ἦϊε σὺν τε Μενουτιάδῃ καὶ οἷς ἐτάροισιν·
 Ἀτρεΐδης δ' ἄρα νῆα θεοῖν ἀλαδε προέρυσσεν,
 ἐν δ' ἐρέτας ἔκρινεν εἰκοσιν, ἐς δ' ἑκατόμβην...

(II.I 306-309)

22 Al respecto, así hablaba en su prólogo: “Remedando también nuestras gestas, para dar sabor de la iliaca, doy en la traducción de los patronímicos aqueos toda la gama de subfijación patronímica castellana: *Aquiles Peliaz, Diómedes Tideoz, Ulises Laertez, Príamo Dardanz, Tlepolemos Heracliz, Asio Hirtacés*, etc., desentendiéndome de los tradicionales *Pelida, Tidides, Laertiada, Heraclida, Dardanida*, etc., cuya monotonía nada nos dice. No dudo que de esta innovación se reirá la ignorancia, y tal vez la culparán los eruditos; pero yo no dejo de enorgullecerme de ella”.

Tal vez teniendo esta traducción en mente, **Alfonso Reyes** en un breve ensayo en torno a la traducción²³ se permite una caricatura: “supongamos que el texto griego dijera: ‘¡Oh, Peleida! Narra con aladas palabras tus aventuras con Briséis’. Pues bien, Peláez es el apellido castellano de Aquiles, hijo de Peleo o Pelayo; y Briséis o Briseida suenan a etimología de Brígida. Luego mi hexámetro bárbaro diría así: ‘Anda Peláez, ve diciendo cómo te ha ido con Brígida’”. Sin embargo, la versión de los nueve primeros cantos del propio Alfonso Reyes no dista, en cuanto al sabor que deja, de la de Aguado²⁴. Será la versificación en alejandrinos o las rimas un tanto forzadas (‘sagrarios’ con ‘nefarios’, ‘alboroto’ con ‘Noto’, ‘menea’ con ‘asamblea’,...) o un cierto tono modernista (‘alma cabellera’, ‘aligeras plantas’, ‘ecuóreas rutas’, ‘Aurora de róseos dedos’, ‘ceño cerúleo’,...) o ese aire de épica española (‘grande entre los grandes’, ‘tamaño largueza’, ‘pujar de paridad’, ‘el haber desairado al aqueo sin par’, ‘violando mis reales’...), el caso es que el resultado no es satisfactorio, al menos desde el punto de vista filológico, a lo que en buena medida ya había renunciado al tratarse de una traducción de segunda mano. Ya lo dejó claro desde el principio: “Si no para fines lingüísticos, mi Homero podrá ser citado sin peligro para todo objeto literario, filosófico e histórico. El que quiera la traducción del filólogo sabe donde buscarla”. “Quante volte -invece- i traduttori sono poeti e scrittori non filologi, e per di più tanto narcisisti da sollecitare e alterare i testo con le spinte del proprio temperamento ‘poietico’”, parece responderle **Aurelio Privitera**, asimismo traductor de Homero²⁵. Justo es, no obstante, que ofrezca un fragmento (del que nos escatima varios versos) para que cada uno juzgue de acuerdo con su propia sensibilidad:

Mientras ellos comentan, Príamo le decía:
 ‘Ven y a mi lado siéntate, y contempla, hija mía,
 a tu anterior marido y amigos y parientes.
 No es tuya, es de los dioses esta luctuosa guerra.
 Ven y dime quién es aquel varón ingente,
 ese gallardo aqueo cuya presencia aterra.
 Hay otros más talludos, mas nunca vi su igual
 en majestad, en porte y en despejo real’.
 Y la divina Helena le dijo: ‘Suegro amado
 a quien temo y venero, ¿por qué no morí el día
 en que dejé por Paris mi lecho abandonado,
 mi niña de pañales, las compañeras mías?
 ¡Hoy no me consumiera llorando de aflicción!
 Mas escucha: Aquél es el rey Agamemnon
 cuñado ayer de ésta mísera y descarada,
 si es que toda esa historia no fue cosa soñada.

23 Cf. “De la traducción”, en *La experiencia literaria*, Buenos Aires, 1942, pp. 141-55. Recogido en *Teorías de la traducción: antología de textos*, de Dámaso López García (ed.), Cuenca, 1996, pp. 447-59.

24 Cf. *La Ilíada de Homero, traslado de Alfonso Reyes. Primera parte: Aquiles agraviado*, México, 1951.

25 Cf. “La traduzione di Omero”, pp. 41-53, en Nicosia, S. (ed.) *La traduzione dei testi classici. Teoria, prassi, storia. Atti del convegno di Palermo. 6-9 aprile 1988*, Nápoles, 1991.

ὦς ἄρ' ἔφαν, Πρίαμος δ' Ἐλένην ἐκαλέσσατο φωνῆ·
 δεῦρο πάροιθ' ἔλθοῦσα, φίλον τέκος, ἴζευ ἐμεῖο,
 ὄφρα ἴδῃ πρότερόν τε πόσιν πηροῦς τε φίλους τε-
 οὔ τί μοι αἰτίη ἔσσι, θεοί νύ μοι αἰτιοί εἰσιν,
 οἳ μοι ἐφώρμησαν πόλεμον πολύδακρυν Ἀχαιῶν-
 ὧς μοι καὶ τόνδ' ἄνδρα πελώριον ἐξονομήνης,
 ὅς τις ὄδ' ἔστιν Ἀχαιὸς ἀνὴρ ἥϋς τε μέγας τε.
 ἦτοι μὲν κεφαλῇ καὶ μείζονες ἄλλοι ἔασι,
 καλὸν δ' οὔτω ἐγὼν οὐ πῶ ἴδον ὀφθαλμοῖσιν,
 οὐδ' οὔτω γεραρόν βασιλῆϊ γὰρ ἀνδρὶ ἔοικε.
 Τὸν δ' Ἐλένη μύθοισιν ἀμείβετο, διὰ γυναικῶν
 αἰδοῖός τέ μοι ἔσσι, φίλε ἔκυρέ, δεινός τε·
 ὧς ὄφελεν θάνατός μοι ἀδεῖν κακὸς ὀππότε δεῦρο
 νύεῖ σῶ ἐπόμην, θάλαμον γνωτούς τε λιποῦσα
 παῖδά τε τηλυγέτην καὶ ὀμηλικίην ἐρατεινήν.
 ἀλλὰ τά γ' οὐκ ἐγένοντο· τὸ καὶ κλαίουσα τέτηκα.
 τοῦτο δέ τοι ἔρέω, ὃ μ' ἀνεῖραι ἠδὲ μεταλλάξ·
 οὐτός γ' Ἀτρεΐδης εὐρὺ κρείων Ἀγαμέμνων,
 ἀμφοτέρων βασιλεύς τ' ἀγαθὸς κρατερός τ' αἰχητής·
 δαῆρ αὐτ' ἐμὸς ἔσκε κυνώπιδος, εἴ ποτ' ἔην γε.

(*Il.* III 161-180)

La de **Fernando Gutiérrez**, de 1953, retraducción también, consigue un tono que se me antoja menos afectado. Se opta por el metro de nuestro romance pero se renuncia a la rima; y el resultado parece excelente, muy merecedor de las reimpressiones que va acumulando. Dedicamos su “traslación”, precisamente a Alfonso Reyes, su maestro. Escogemos de nuevo el pasaje anterior para observar las diferencias entre maestro y discípulo:

Así hablaron. Y Príamo entonces llamó a Helena y dijo:
 ‘Ven acá, amada hija, y muy cerca de mí toma asiento;
 vas a ver a tu esposo anterior, sus parientes y amigos.
 No eres tú la culpable; los dioses lo son, que movieron
 esta guerra luctuosa entre aqueos y todos nosotros.
 Pero quiero saber quién es ese guerrero tan alto,
 ese aqueo valiente y de tan corpulenta figura.
 Otros hay, en verdad, que le pueden pasar la cabeza,
 mas mis ojos no vieron jamás a un varón tan hermoso,
 aunque ya tengo años. Un rey por su aspecto parece’.
 Y repúsole Helena, mujer la más bella de todas:
 ‘Suegro amado, me inspiras amor y a la vez reverencia.
 ¡Ojalá para mí hubiese sido agradable la muerte
 cuando a tu hijo seguí yo hasta aquí y dejé lecho y familia
 y a una hija querida y a mis compañeras amables!
 Pero no ha sucedido esto así y me consumo llorando.
 Pero ya que me preguntas y quieres saber, te respondo:
 ese es Agamenón poderoso, es el hijo de Atreo,
 noble rey y esforzado guerrero que fue mi cuñado,
 mío, ¡oh cara de perra!, si yo no he soñado estas cosas’.

Desde luego es mucho menos lo que se pierde en la adaptación de Gutiérrez que en la de Reyes. Con todo, sigue siendo una traducción de segunda mano, lo que implica problemas como el siguiente: una característica de la obra de Homero es la repetición; de nexos, de fórmulas, de parlamentos de un personaje reproducidos *verbatim* por otro, atendiendo a las conocidas propiedades de la epopeya griega de extensión y economía... suficiente como para que, además, el traductor abunde en ello, dando una palabra castellana para cuatro griegas. En efecto, partiendo del original, el traductor probablemente no hubiera empleado ‘peste’ para *noûsos* (‘enfermedad’), *loimós* (‘peste’), *loigós* (‘ruina’) y *álgea* (‘dolores’), entre otros ejemplos. Por otra parte, algo hay que comentar sobre las traducciones poéticas de la *Iliada*: dependiendo de la longitud del metro, el traductor en verso habrá de desechar palabras que existen en el original²⁶, o bien, rellenar el verso de elementos vacíos, y eso, insisto, aunque parezca increíble, no ocurre en Homero. El inconveniente de la prosa, por contra, está en el acercamiento necesariamente pedestre con que nos llegamos a un texto que es poesía, excelente poesía. Así las cosas, surge la necesidad de adquirir un compromiso intermedio. De este modo llegamos a la traducción del tantas veces mencionado padre Daniel Ruiz Bueno, de 1956. Se trata de una *Iliada* rítmica: su prosa está cuajada de todo tipo de metros. Pero el problema es el siguiente: los metros están ensamblados siguiendo un código que, según denunció en una reseña **Manuel Fernández Galiano**²⁷, sólo es accesible para el propio autor y algunos privilegiados más. Sea como sea, de su traducción también dijo lo que sigue: “la versión casi diríamos que puede sustituir al original sin demasiada pérdida de valores estilísticos ni humanos para lectores desconocedores del griego”. Yo, que no concibo más alto elogio para una traducción de la *Iliada* (aunque parece ser que sólo la alemana de Voss está a la altura de ese elogio) ni nadie más autorizado para emitirlo, no puedo sino disentir de tal juicio. Hablando única y exclusivamente a título de lector, su lenguaje puede resultar, por momentos, pintoresco. Desde la omnipresente e irritante interjección ‘¡sus!’, hasta expresiones como ‘a una todos’, ‘norabuena’, ‘ni se me da un ardite de tu enojo’, ‘reyes de divina alcuña’, ‘ni tantico me ha honrado’,... no hay párrafo que quizá no distraiga o nuble la lectura de cualquier lector actual (aunque tal vez presuponga demasiado). Siendo lo castizo del lenguaje el valor máximo (y único) que él encontraba en las traducciones que le fueron dadas analizar²⁸, es precisamente en el casticismo del suyo donde, según mi parecer, acaba por ahogarse su versión. Ofrezco un pasaje especialmente castizo:

Cierto, enojoso asunto, pues me vas a enzarzar en mil pendencias con Hera, si le da por zaherirme con palabras de afrenta; ella, que entre los inmortales, ya sin eso, me arma una zapatista a la continua, pues afirma/ que ayudo a los troyanos en la guerra. Sin embargo, tú refírate ahora, no se dé cata Hera, que a mi cuenta, la cosa queda para darle cabo. Si no, ¡sus! La cabeza, te inclinaré, porque me creas: porque prenda mayor, yo no concedo, entre los inmortales, y por ende, no revocable, no engañosa, no incumplida promesa/ será la que mi testa confirmare.

26 Por ejemplo, en el hermosillesco “el Atrida, adalid de las escuadras/ todas de Grecia, y el valiente Aquiles”, sobra, porque no existe en el original y porque no aporta nada, ‘todas de Grecia’.

27 Cf. *Eclás IV*, 1957-8, pp. 43-6. Don Manuel mantenía que tan difícil era adivinar un movimiento poético en “pero tampoco Apolo,/ el del arco de plata,/ fué vigia ciego,/ cuando viera que Atena,/ al hijo de Tideo/ siguiendo iba” como en “pero tampoco entiende/ el firmante que pueda/ ser el propio reo/ quien estime que debe/ en tales circunstancias/ quedar absuelto”. Reseña a la que respondió el Padre Ruiz Bueno originándose una cariñosa polémica en torno a dicha traducción (cf. *Ibid.* pp. 386-98).

28 Cf. Nota 2.

Ἦρη, ὅτ' ἂν μ' ἐρεθῆσιν ὄνειδείοις ἐπέεσσιν·
 ἦ δὲ καὶ αὐτως μ' αἰεὶ ἐν ἀθανάτοισι θεοῖσι
 νεικεῖ, καὶ τέ μέ φησι μάχη Τρώεσσιν ἀρήγειν.
 ἀλλὰ σὺ μὲν ὕν αὐτίς ἀπόστιχε, μὴ τι νοήσῃ
 Ἦρη· ἐμοὶ δὲ κε ταῦτα μελήσεται, ὄφρα τελέσω·
 εἰ δ' ἄγε τοι κεφαλῇ κατανεύσομαι, ὄφρα πεποίθῃς·
 τοῦτο γάρ ἐξ ἐμέθεν γε μετ' ἀθανάτοισι μέγιστον
 τέκμων· οὐ γάρ ἐμὸν παλινάγρετον οὐδ' ἀπατηλὸν
 οὐδ' ἀτελεύτητον, ὃ τί κεν κεφαλῇ κατανεύσω.

(II.I 518-527)

No es desde luego el lenguaje de mi generación; el lenguaje cambia a través del tiempo y cada generación tiene sus propias modas y es exactamente en el empleo de esas expresiones de ocasión donde más se resiente la traducción ante un lector de hoy. Pero es que probablemente tampoco esté empleando el lenguaje de la suya. Añadamos otro pasaje del Padre Ruiz, el mismo con el que anteriormente ilustramos el comentario a Segalá y a Pabón, para ver a quién sentimos más próximo en lo que respecta al lenguaje:

Pues deste rey la noble hija, Héctor, el de fulgente yelmo, poseía. Ella, pues, al encuentro allí le sale y a su lado venía la azafata, que en los brazos traía al tierno niño, chiquito todavía, al Hectórida amable, a un hermoso lucero parecido. Héctor solía llamarle el Escamandrio, mas la gente le decía el Astianacte “de la ciudad defensa”, pues sólo Héctor, la defensa era de Ilio. Él, sí, mirando al niño, silencioso, sonrióse; pero Andrómaca, poniéndose a su lado, rompió en llanto, asíole fuertemente de la mano y palabra le dijo y dióle nombre: ‘Malhadado, ese tu ardor guerrero ha de perderte, y lástima no has del tierno niño ni de mí, infortunada, que muy pronto, viuda seré de ti, porque muy pronto, te matarán, echándose en masa, los aqueos. Y entonces para mí, de ti privada, mejor fuera el hundirme bajo tierra, que una vez que tú cumplas tu destino, ya no habrá para mí consuelo alguno, sino duelo perpetuo; pues ni padre ni augusta madre tengo’.

Y es que, como vamos a tratar de exponer a continuación, el uso de un lenguaje anterior a la época del traductor es un expediente al que se recurre a la hora de traducir al menos a Homero. Hermes, decíamos, es el único dios que envejece y en ese proceso quiero observar una vertiente doble. Por una parte, esa vejez involuntaria de la que he querido dar cuenta en estas páginas y que condena al olvido; una suerte de maldición a la que están destinadas todas aquellas traducciones que no han sido capaces de integrarse orgánicamente en el curso de la literatura de su lengua. Por otra parte, una vejez voluntaria, buscada y activa con la que el traductor que se enfrenta a un clásico pretende dotar a su creación para recubrirla de un sabor y una jerarquía que remede la del original. **George Steiner** lo dice de una manera infinitamente mejor:

Por regla general, es innegable que el único que se apega a la sincronía es el traductor de un texto contemporáneo (...) la historia y la práctica de la traducción están impregnadas de una coloración arcaica, de cierto desplazamiento del estilo hacia el pasado. Quien traduce a (...) ‘los clásicos’ propiamente dichos (...) evita la lengua corriente (o al menos lo hacía hasta el advenimiento de la escuela modernista). Maquinalmente o de manera explícita, proclamando sus intenciones, o casi subconscientemente, el traductor escribirá recurriendo a un léxico y a una gramática anteriores a las de su tiempo. Las coordenadas y los parámetros del distanciamiento lingüístico y de la estilización histórica varían al infinito. Ciertos traductores se inclinan por formas de expresión que anteceden en siglos a las del habla de todos los días. O bien acaso elijan la lengua corriente de una generación anterior. Con mayor frecuencia, el

gusto por lo arcaico conduce a lo híbrido; el traductor combina, con mayor o menor ciencia, giros tomados del pasado de la lengua, del repertorio de los maestros que la supieron cultivar con éxito, de los traductores anteriores, o de las convenciones antiguas que el habla moderna ha heredado y retenido en las expresiones ceremoniales o protocolarias²⁹.

Steiner, propone una explicación a este fenómeno. Para él, se trata de una forma de integrar, de domesticar, la obra extranjera en el acerbo literario nacional, y no sé si hay forma alguna de combinar esa idea de proximidad, con la idea de distanciamiento que creo percibir yo en dicho fenómeno: el lector que se acerca a un ‘clásico’ lo hace con cierta reverencia y esperando un distanciamiento que viene procurado, mayormente, por el lenguaje. Y eso al traductor, que antes que nada es lector, no se le escapa. **Javier Marías** sí que parece otear la posibilidad de conjugar esa proximidad y ese distanciamiento:

El lector de una traducción (...) ha de leer con tanta facilidad y naturalidad como está acostumbrado a hacerlo en su propia lengua; pero a la vez (...) no puede recorrer el texto traducido sin notar en él ‘algo’ distinto e inequívocamente ajeno a lo que está acostumbrado a leer en los textos escritos originalmente en su lengua. Tiene que advertir ‘algo’ que, sin tampoco recordarle de continuo que se encuentra ante una traducción, le permita al mismo tiempo adivinar, intuir ese original que (...) no puede conocer de otro modo³⁰.

Ese ‘algo’ se consigue, al menos en las traducciones de la *Iliada*, primordialmente con el uso de giros y vocablos arcaizantes. En la búsqueda de ese extrañamiento el traductor opta por ‘envejecer’ el texto resultante. Tal disposición la vemos más claramente cuando dirigimos nuestra mirada a traductores de nuestra época, porque ahí podemos discernir de forma inmediata si hacen uso, o no, de un lenguaje tomado del pasado. Hay envejecimiento y no vejez en la traducción del canto I de la *Iliada* a cargo de **Luis Alberto de Cuenca**³¹, la decana, junto a la de **Cristóbal Rodríguez Alonso**³², de una moderna generación de traducciones de Homero. O al menos eso percibo cuando, de cuando en vez, me encuentro con un ‘hablares’, un ‘noramala’, un modernista ‘sonoroso’ y ‘divinal’ (pero si ya tenemos ‘divino’) o un añejo ‘zaherir’, como peces que saltan en el curso de una lectura ágil y fluida, intuyo que rítmica. Hay envejecimiento en el hecho de que en la espléndida traducción de **Emilio Crespo Güemes**³³, apenas aparezca un solo ‘pero’ entre las numerosas legiones de ‘mas’, o se nos hable de picas de ‘luenga sombra’, de un ‘enhoramala’, de un ‘ardite’, de los ‘adalides’ de los argivos (pero escribir ‘líderes’ sería descorazonador), o que las cosas ocurran ‘por doquier’ o que los héroes procedan de acuerdo con lo que un dios les infunda en sus ‘mientes’. Pero si la traducción es en verso en lugar de en prosa, el efecto se multiplica: el ‘darse cata’ o el ‘entrambos’ que encuentro al abrir al azar dos páginas de la erudita versión de **Antonio López Eire**³⁴. Al azar también abro el primer tomo de la monumental edición y traducción rítmica de **José García Blanco** y **Luis M. Macía Aparicio**³⁵, y encuentro que Agamenón ‘profería

29 Cf. *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, trad. esp. México D.F., 2a ed., 1995, pp. 347-8.

30 Cf. “La traducción como fingimiento y representación”, p. 201, recogido junto a otros estudios bajo el epígrafe “Asuntos traslaticios”, dentro de *Literatura y fantasma*, Madrid, 1993, pp. 183-219.

31 Luis Alberto de Cuenca sólo traduce los dos primeros cantos. Cf. *Poesía*, 25, 1985-6, pp. 55-87, para el canto I; y *Poesía*, 1992, pp. 241-275, para el canto II. No queremos tampoco olvidarnos de, al menos, consignar la muy *sui generis* traducción (con *texto a fronte*) de Francisco Sanz Franco, *Ediciones Avesta*, Barcelona, 1971, pero todas sus particularidades requerirían un estudio aparte.

32 Cf. *Akal*, Madrid, 1986.

33 Cf. *Gredos*, Madrid, 1991.

34 Cf. *Cátedra*, Madrid, 1989.

35 Este primer tomo consta de los tres primeros cantos. Existe un segundo tomo que llega hasta el noveno. La edición, *Alma Mater*, Madrid, 1991 y 1998, consta también del texto griego, establecido por los propios traductores.

pujante palabra'. Y abro la del mejicano **Rubén Bonifaz Nuño**³⁶, para enterarme de que 'a Héctor plugo el salvo discurso'.

La frontera que hay entre lo que damos en llamar 'envejecimiento' frente a 'vejez' en las traducciones es ciertamente difusa; tan difusa como que la propia noción de envejecimiento literalmente puede evocar las dos circunstancias de las que hablamos. ¿Una *Ilíada* castellana 'envejecida' es inequívocamente distinguible de una 'vieja'? Quiero pensar que sí. Sobre todo cuando éstas son presentadas, en los ropajes de versos isosilábicos, a un lector que ha vivido la renovación del léxico poético español (sobre todo desde **Machado**, y máxime ahora, en un contexto en el que predomina la palabra de **José Hierro**). Del mismo modo que un lector de la segunda década de este siglo podía diferenciar la traducción de Segalá de la retórica y clasicista versión de Hermsilla. Por otra parte, actualmente se opta por la traducción en prosa, excepción hecha de las traducciones de López Eire y la de **Agustín García Calvo**, de la que hablaremos después. Pero no una prosa continua como la de Segalá o el Padre Ruiz, sino una prosa dispuesta de modo que cada línea se corresponda con un verso del original. La gran ventaja de este sistema, aparte de las facilidades que ofrece a la hora de confrontar la traducción con el original, consiste en que se ponen de manifiesto recursos tales como parataxis, encabalgamientos de sentido³⁷, o expresión formular (el rasgo más característico de la epopeya arcaica; a este efecto, veo clara la influencia que los estudios de **Milman Parry** han ejercido en la labor de los traductores, sobre todo desde que en 1971 aparecieron recogidos sus trabajos en un solo volumen³⁸; sus estudios han ayudado a la intelección de la composición homérica y ello ha incidido directamente en el proceder de los traductores). Es el caso de la de Emilio Crespo y las de José García Blanco y Luis M. Macía Aparicio, y la de Rubén Bonifaz Nuño, que suman, además, el propósito de dotar de ritmo a cada línea de la traducción.

Comenzábamos diciendo que el original se renovaba en sus traducciones, inmoladas para que el texto 'verdadero' perdure, pero, como hemos visto, el traductor no sólo vivifica el original del que traduce sino que además revitaliza, de paso, su propia lengua. Hay palabras que habían quedado enterradas como monedas en la playa para siempre, lejos del alcance del traductor que las necesita pero no las recuerda y que al no encontrarlas se conforma con otras de menos valor a no ser que un azar remoto desentierre aquella que buscaba al hojear las páginas de un diccionario. Pero hay traductores, tal vez más que escritores, que, en pos de ese extrañamiento que se consigue merced al buscado 'envejecimiento', se encargan de mantenerlas bien visibles haciendo ese doble servicio: revivir el original y revivir la propia lengua. Agustín García Calvo, al que antes anunciábamos, en su traducción de 1995 (en verso, contra corriente), se comporta como un verdadero rescatador y creador de palabras: habla de 'ampo', que sería una blanca resplandeciente, 'íngrimo' sinónimo de solitario, los 'deliquios' no son sino desfallecimientos y la 'murria' es una especie de cargazón de cabeza que hace andar cabizbajo y melancólico a quien la padece. 'Nocherniegos', 'cancillas', 'huras' y muchísimos otros son términos que obligan a frecuentar el diccionario. Otras veces emplea palabras que no aparecen en el *DRAE*. Su significado puede ser nítido, por ejemplo: 'hembriloco', dicho del seductor Paris, 'risonda' o 'milrisueña', dicho de Afrodita, 'ciemboyada', que es la traducción literal de 'hecatombe'. Pero otras veces son tan misteriosas como bellas: el mar es 'nuncaricanso'; el sueño, 'sinsóndigo'. En ocasiones sucede que no encontramos el verbo o el

36 Edición bilingüe en dos volúmenes. Cf. *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* (UNAM), México D.F., 1997.

37 Esto es, cuando el final de verso coincide con el final de una frase y, sin embargo, la frase se ve prolongada merced a un epíteto o un participio.

38 Cf. M. Parry, *The Making of Homeric Verse. The Collected Papers of M. Parry edited by Adam Parry*, Oxford, 1971.

sustantivo que buscamos pero sí otra clase de palabra con la misma raíz: no tenemos ‘fremir’ pero sí ‘fremito’ que es bramido, y no tenemos ‘jamierda’ pero sí ‘jamerdar’ que es limpiar el vientre de las reses. Según él mismo, se trata de arcaísmos o formas marginales del castellano, y persigue con ellas una sensación de extrañamiento con la que sintamos la distancia que debieron sentir los que podían leer pero ya no escuchar al poeta Homero (¿no eran éstas, al fin y al cabo, las intenciones de la vieja versión de José María Aguado?). No obstante, la batería de palabras más llamativa es la formada mediante compuestos; usa una palabra donde otros traductores emplean tres o más, así, él dice naves ‘rumbiligeras’ o ‘rumbivalinas’ en vez de ‘de rápido curso’, el ‘milardido’ Odiseo en lugar de Odiseo ‘de muchas astucias’; o un barco ‘marcaminero’. Quizá no en tanta cantidad como García Calvo, pero sí en una gran medida, todos los traductores de la *Iliada*, desde el primero hasta el último que hemos nombrado (también los que no hemos nombrado por ser parca, de cantidad y no de calidad, su contribución al respecto; **Leopoldo Lugones**, por ejemplo), han contribuido a recordarnos nuestra lengua: las palabras del anterior traductor las recibía el siguiente de modo que la traducción más vieja nunca muriese del todo. Una traducción de la *Iliada* debe mejorar más cuanto más presente se tengan las pretéritas. Y es que en ningún momento se ha pretendido aquí una *damnatio memoriae* de las viejas traducciones, muchas de ellas, monumentos, i.e., dignas de recuerdo. Éste sí que era el propósito: recordarlas, y a la vez contestar a quien pudiera preguntarse por qué otra vez Homero (valga también Sófocles o Eurípides o Esquilo). Ésta podría ser una respuesta posible: porque Hermes es el único dios que envejece, y así lo quiso porque, al menos en la *Iliada*, más recuerda el que más ha vivido; y a nadie se le escapa el vínculo que hay entre la traducción y el recuerdo.

D. José Sánchez Lasso de la Vega lo dijo mejor:

La urgencia vital de la traducción le viene de que el hombre, dicho platónicamente, tiene más o tanta necesidad de recordar -recordar es traer de nuevo al corazón- que de aprender.